

UN PROYECTO CARTOGRÁFICO

Hacer un mapa

Hacer un mapa. Esa ha sido nuestra tarea. Un mapa de la capacidad de la mente para suscitar pensamientos nuevos y subversivos. Una cartografía de los accidentes más importantes que configuran la libertad y creatividad de nuestras operaciones mentales. Nuestro objetivo es vincular unos conceptos abstractos, como son ese tipo de operaciones generadoras de pensamiento radical y subversivo, con un elemento material y físico, como es un mapa.

Nos parecía interesante unir los fenómenos mentales, especulativos e inefables, pero reales y poderosos, con la pragmática y claridad que poseen los mapas: concretos, materiales, pero irreales. La mente existe, sea lo que sea que esto quiera decir; los mapas son solo abstracciones, pero enormemente útiles. Esta relación contradictoria y complementaria nos pareció fascinante. Mente y mapa podían estar en el mismo plano y articularse. Y, de hecho, así ha venido haciéndose desde la antigüedad en todas las culturas. Es posible, incluso, que algunas pinturas del paleolítico que no podemos comprender sean mapas.

La cartografía del pensamiento y de la mente ha interesado tanto al pensamiento científico como al mágico, tanto al sabio como al brujo. Siempre ha parecido

una buena manera de acotar, estudiar, orientar, utilizar y manipular a los seres humanos. Los científicos, a partir de los siglos XVIII y XIX, empezaron a describir fenómenos mentales situándolos en una topografía cerebral. Y, en la actualidad, los libros de divulgación, los magazines e incluso la publicidad los utilizan, frecuentemente, con belleza, inteligencia y maldad. Otras veces la descripción de fenómenos mentales no se apoyaba en el cerebro, sino en relaciones conceptuales de orden poético. Sin embargo, aun siendo imprecisos e inútiles, como eran, las vinculaciones que en ellos se realizan suelen resultar fascinantes.

Vinculábamos este proyecto, de forma obviamente grandiosa y exagerada, a misiones similares de tiempos pasados. ¡Incluso a los viajes de Cristóbal Colón! De una nueva ruta a las Indias a otra hacia el uso de la mente humana para generar pensamientos críticos y subversivos. Los mapas, aun erróneos, animaron a Colón a viajes casi imposibles. Probablemente, en el siglo XXI la tarea de los nuevos «cartógrafos» sea similar: buscar, crear y describir las herramientas de navegación necesarias para no perderse en medio del océano de la información y la globalización. Ese es el marco en el que se sitúa nuestro trabajo.

Jugábamos con los nombres de Ptolomeo, Vespucio y, sobre todo, con el de Kremer, sobrenombre de Mercator. Los mapas que solemos ver vienen de sus técnicas de elaboración. ¿Convertirnos en un Mercator del siglo XXI? Nos pareció mejor parecernos a Arno Peters. Este no era propiamente un geógrafo, sino historiador y periodista. Basándose en cartografías y diseños que ya existían desde finales del siglo XIX, tomó las proyecciones de James Gall y diseñó un mapa del mundo más cercano a la realidad, que no otorgaba a Europa una dimensión y una posición tan erróneas y exageradas como

venían siendo anteriormente. En él, América Latina duplica en tamaño a Europa, y Canadá y Estados Unidos juntos solo son dos terceras partes del territorio de África. Aun con inexactitudes y errores, suponía el primer intento de crear un mapa geográfico no ideológico del mundo. Salvando las distancias, nuestro trabajo quería ser similar: diseñar un mapa de la mente más útil y acorde con lo que en la actualidad se sabe. Ideológico, sin duda, pero destinado a ser una herramienta de emancipación y precisión mental en tiempos en los que se prefiere lo emocional, lo intuitivo, lo irracional, áreas siempre tan proclives a la manipulación y el fanatismo.

Nos resultaba sugerente la idea de concebir la mente como un territorio, un espacio en el que hay accidentes que la determinan y alrededor de los que se organiza y adquiere consistencia y especificidad. Accidentes con los que seres humanos no encontramos y que podemos usar de una u otra manera. Sugerente, pero enigmático. ¿Se podría realizar un mapa de la capacidad sistemática y operativa de aquellos procesos mentales útiles para transformar la realidad? Vendría a ser un mapa del cambio, de la posibilidad de subversión que tiene el pensamiento. Un mapa, por así decir, del impulso evolutivo de la especie. Difícil, pero fascinante y con un toque de locura. Y, aunque al hacerlo se cometieran errores (todo mapa los contiene), podría merecer la pena.

Hace unos quinientos años que Américo Vespucio cartografió lo que hoy conocemos como América, el Nuevo Mundo, que lleva su nombre no directamente por él, sino por una curiosa concatenación de hechos. Ahora los mapas volvían a estar de moda. Se estaban editando numerosos libros sobre ellos. No hacía mucho que habíamos leído un magnífico resumen, escrito